

MARÍA EN LA «VERBUM DOMINI»

Nuria Calduch-Benages, MN

[publicado en *Vida Religiosa* 110 (2011) 164-169]

La XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de obispos, en la que tuve la suerte de participar en calidad de experta, se celebró en la ciudad del Vaticano del 5 al 26 de octubre del 2008 sobre el tema “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”. Después de un largo proceso de gestación, finalmente ha salido a la luz la exhortación apostólica post-sinodal *Verbum Domini* que retoma el mismo mensaje, a cuarenta y cinco años de distancia, de la constitución dogmática sobre la divina revelación *Dei Verbum*, del Concilio Vaticano II. En esta última exhortación el Papa Benedicto XVI ofrece a toda la Iglesia sus reflexiones y recomendaciones a partir de los documentos sinodales realizados por los obispos y demás participantes en el Sínodo. Su objetivo es “indicar algunas líneas fundamentales para revalorizar la Palabra divina en la vida de la Iglesia, fuente de constante renovación, deseando al mismo tiempo que ella sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial” (núm. 1). El Papa siente la urgencia de dialogar con el mundo de hoy, “un mundo que considera con frecuencia a Dios como algo superfluo o extraño”, y de darle una respuesta esperanzadora: “no hay prioridad más grande que ésta: abrir de nuevo al hombre de hoy el acceso a Dios, al Dios que habla y nos comunica su amor para que tengamos vida abundante” (núm. 2).

Hilo conductor y estructura de la Verbum Domini

El hilo conductor de la exhortación es el Prólogo del evangelio de Juan, un texto que ofrece una síntesis de toda la fe cristiana. El documento se divide en tres partes principales: *Verbum Dei* (Jn 1,1.14), *Verbum in Ecclesia* (Jn 1,12) y *Verbum mundo* (Jn 1,18), que están ilustradas con numerosas citas de los Padres de la Iglesia, de los documentos de la Pontificia Comisión Bíblica, de la *Dei Verbum*, de los escritos del Papa Juan Pablo II y, por supuesto, de los del actual pontífice. Ocho son las mujeres citadas una sola vez en el documento: santa Clara de Asís, santa Teresa de Jesús, santa Teresa del Niño Jesús, la beata Teresa de Calcuta, santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein), santa María Bernarda Bütler, santa Alfonsa de la Inmaculada Concepción y santa Narcisa de Jesús Martillo Morán, las tres últimas canonizadas el 12 de octubre de 2008 durante el Sínodo (cf. los núm. 48-49: “Los Santos y la interpretación de la Escritura”). La primera parte de la exhortación es de gran densidad teológica, difícil de entender para las personas no especializadas, mientras las otras dos son de carácter más pastoral y contienen muchas propuestas concretas y actuales.

La primera parte, *Verbum Dei*, aborda cuestiones de fondo como, por ejemplo, el uso analógico de la expresión Palabra de Dios. A este respecto, el documento insiste en el correcto uso de los términos Biblia, Escritura y Palabra de Dios, afirmando que el cristianismo no es “una religión del libro” sino “la religión de la Palabra de Dios, del Verbo encarnado y vivo” (núm. 7). Otras cuestiones tratadas son la dimensión cósmica y escatológica de la Palabra de Dios, la relación entre Tradición y Escritura, los conceptos de inspiración y verdad, entre otras. Ahora bien, uno de los argumentos que más interés suscitó en el Sínodo y que la exhortación recoge ampliamente (aprox. 40 páginas) – porque además es uno de los temas preferidos del Papa –, es la cuestión hermenéutica, es decir, la interpretación o exégesis de la Biblia en la Iglesia, sobretudo la que se realiza en ámbito académico. Recuerdo que cuando el tema fue abordado en el Sínodo el 14 de octubre 2008, Benedicto XVI, ante el asombro de todos los participantes, tomó la palabra e intervino en el debate (primera vez en la historia que esto sucedía): “Donde la exégesis no es teología, la Escritura no puede ser el alma de la teología y, viceversa, donde la teología no es esencialmente interpretación de la Escritura en la Iglesia, esta teología ya no tiene fundamento”, explicitando una cuestión latente en el post-concilio.

Relacionada con esta temática quisiera señalar la presencia en la exhortación de una idea completamente nueva nunca antes mencionada ni en los debates ni en los documentos sinodales: la valorización del “genio femenino” en los estudios bíblicos, que curiosamente aparece en el núm. 85 titulado “Palabra de Dios, matrimonio y familia”. Nótese, sin embargo, que en el documento siempre se habla de *los* teólogos, *los* exegetas y *los* estudiosos!

La segunda parte, *Verbum in Ecclesia*, se concentra en la liturgia como lugar privilegiado de la Palabra de Dios. Después de tratar la relación entre la Palabra y los sacramentos, entre Palabra y Eucaristía, la sacramentalidad de la Palabra, la importancia del Leccionario..., Benedicto aterriza en cuestiones prácticas como la formación de los lectores, la cual debe ser “bíblica, litúrgica y técnica” (núm. 58) o la necesidad de mejorar la calidad de la homilía (núm. 59). Recomienda además las celebraciones de la Palabra, redescubrir el valor del silencio, solemnizar la proclamación de la Palabra, cuidar la acústica de los edificios sagrados, no sustituir las lecturas litúrgicas con otros textos, utilizar el canto en los momentos adecuados, facilitar la participación al culto de las personas discapacitadas de la vista y el oído. Ministros ordenados, personas consagradas y fieles laicos todos están llamados a profundizar en su relación con Cristo, Palabra de Dios según su propio estado de vida (núm. 77-85). A esto hay que añadir su insistencia en la animación bíblica de toda la pastoral, especialmente de la catequesis y en la *lectio divina* (núm. 87), tema “estrella” del Sínodo.

La tercera parte, *Verbum mundo*, se concentra en la misión que tiene la Iglesia de anunciar la Palabra de Dios al mundo, sobre todo a los jóvenes, los emigrantes, los enfermos y los pobres. El documento, por tanto, se sitúa en el surco de la nueva evangelización, prioridad de este pontificado (núm. 96). Esta nueva evangelización se realiza a través del testimonio (núm. 97). Y el testimonio abraza todas las dimensiones de la vida, incluyendo el compromiso por la justicia, la defensa de los derechos humanos, la promoción de la paz, la salvaguarda de la Creación, el encuentro con la cultura, la presencia en Internet para que en la red aparezca “el rostro de Cristo” y pueda “oírse su voz” (núm. 113), y el diálogo interreligioso, pues “es de gran importancia que las religiones favorezcan en nuestras sociedades, con frecuencia secularizadas, una mentalidad que vea en Dios Todopoderoso el fundamento de todo bien, la fuente inagotable de la vida moral, sustento de un sentido profundo de hermandad universal” (núm. 117).

Benedicto XVI concluye su exhortación apostólica recordando a todos los cristianos que “nuestra relación personal y comunitaria con Dios depende del aumento de nuestra familiaridad con la Palabra divina” (núm. 124).

Nuevo paradigma de la Palabra en María

Los números 27 y 28 están enteramente dedicados a María «Mater Verbi Dei» y «Mater fidei», la persona en la que “la reciprocidad entre Palabra de Dios y fe se ha cumplido perfectamente” (núm. 27). Sus reflexiones se inspiran en el capítulo tercero del *Instrumentum Laboris* (“Actitud requerida a quien escucha la Palabra”), más concretamente en el núm. 25, que presenta a María como modelo de recepción de la Palabra para el creyente así como en la *Propuesta 55* (“María «Mater Dei» y «Mater fidei»”) con la que concluye el texto presentado a Benedicto XVI como resultado de los trabajos sinodales. A continuación desarrollo las líneas fundamentales de su contenido, deteniéndome en algunos particulares.

a) María escucha la Palabra de Dios

Dios se reveló a María de Nazaret como antes se había revelado a Abraham, Moisés, David, Salomón, Jeremías, Ana, Judit... solo para citar algunos ejemplos. Todos estos personajes bíblicos escucharon la Palabra de Dios en su corazón y la pusieron en práctica. Llamados a realizar una misión en favor del pueblo, se convirtieron en anunciadores y anunciadoras del mensaje divino. Su vocación, no exenta de dificultades, dudas y pruebas, prepara la vocación y misión de María, quien, “al estar íntimamente penetrada por la Palabra

de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada” (núm. 28).

La Palabra de Dios siempre ha ocupado un lugar privilegiado en la vida de María. Desde su más tierna infancia fue educada en la escucha de la Palabra y en la oración. “Todas nuestras oraciones – señaló Shear Yashub Cohen, el Rabino Jefe de Haifa en su intervención en el Sínodo – están compuestas de citas tomadas de la Biblia”. La religión judía contempla varios momentos de oración individual: al despertarse (las 15 bendiciones), durante la jornada (bendiciones y oraciones según las circunstancias) y antes de acostarse (el *shema* y una bendición). El Evangelio cuenta como María, inspirándose en el cántico de Ana, la madre de Samuel (cf. 1Sam 2,1-10), proclama el Magnificat en la visita que hace a su prima Isabel (Lc 1,46-55). El canto del Magnificat es una oración llena de reminiscencias veterotestamentarias que revela la gran “familiaridad de María con la Palabra de Dios”. Retomando algunas reflexiones de su encíclica *Deus caritas est*, Benedicto XVI comenta al respecto: “En cierto sentido, aquí [en el Magnificat] se ve cómo ella se identifica con la Palabra, entra en ella; en este maravilloso cántico de fe, la Virgen alaba al Señor con su misma Palabra: «El *Magnificat* – un retrato de su alma, por decirlo así – está completamente tejido por los hilos tomados de la Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios. Así se pone de relieve que la Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la Palabra de Dios. Así se pone de manifiesto, además, que sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios, que su querer es un querer con Dios” (núm. 28).

En la liturgia hebrea, el hogar es como un pequeño santuario donde se llevan a cabo tres celebraciones principales: una cotidiana en relación a las comidas; otra semanal, en relación al sábado (*shabbat*) y una tercera anual, en relación a la fiesta de Pascua (*pesah*). De todas estas celebraciones litúrgicas el Evangelio solamente menciona la última (Lc 2,41): cada año María y José iban en peregrinación a Jerusalén por las fiestas de Pascua tal como lo estipula la Ley (cf. Ex 23,14-17).

Además de la oración personal y familiar, el hebreo observante reza comunitariamente en la sinagoga, que en hebreo significa la “casa de la asamblea” (*bet hakeneset*). La liturgia sinagoga se celebra cada día y muy especialmente el sábado, día consagrado a la lectura de la *Torah* (la Ley). El testimonio más completo del Nuevo Testamento sobre la sinagoga se encuentra en Lc 4,14-22. En este pasaje Lucas narra cómo Jesús, entrando según su costumbre en la sinagoga de Nazaret el día de sábado, se levantó para hacer la lectura del profeta Isaías ante todos los asistentes. Este texto confirma que, siguiendo las enseñanzas de María y José, Jesús frecuentaba la sinagoga cada sábado.

María vivió en modo incomparable el encuentro con la Parola de Dios, tanto es así que se la puede definir como “una existencia totalmente modelada por la Palabra” (núm. 28). A partir de la Anunciación hasta Pentecostés, ella acoge en la fe, medita y vive intensamente la Palabra. María es “escucha activa, que interioriza, asimila, y en la que la Palabra se convierte en forma de vida” (núm. 27). Gracias a su *fiat* inicial y nunca interrumpido a la Palabra de Dios, sabe mirar a su alrededor y vivir las urgencias de lo cotidiano, consciente de que lo que recibe como don de su Hijo es un don para toda la humanidad. Como bien dijo Mons. Zbigniew Kiernikowski, obispo de Siedlce (Polonia), en el Sínodo: “María no necesitaba ninguna iniciación para aprender a escuchar. Ella fue creada para escuchar. Como tal María es la imagen perfecta y Madre de la escucha fructífera. Nosotros, en cambio [...] necesitamos un proceso de catecumenado”.

b) María interpreta la Palabra de Dios

Llegados a este punto hay que preguntarse: ¿cómo escuchaba María? ¿cuál era su disposición interior? El evangelio de Lucas nos da la respuesta: *María, por su parte, conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón* (Lc 2,19; cf. también 2,51). En ambos textos Lucas utiliza el verbo *symballô* en sentido técnico (interpretar, hacer exégesis, ofrecer la justa interpretación) para ilustrar la actividad interpretativa de María. En el primer texto (Lc 2,19) María interpreta los acontecimientos relacionados con el nacimiento de Jesús porque ha sido testimonio privilegiado de las circunstancias relativas al misterio de la encarnación. El segundo texto (Lc 2,51) nos revela que lo que María conservaba en su corazón no era, como se podría suponer, el encuentro de Jesús con los doctores en el templo, episodio narrado en el pasaje precedente (Lc 2,41-50), sino todo el conjunto de acontecimientos que siguió al nacimiento de Jesús: la imposición del nombre, la presentación en el templo, la peregrinación a Jerusalén... acontecimientos que en poco tiempo habían cambiado radicalmente su vida. Detrás de ellos se escondía un proyecto divino que apenas se dejaba entrever.

Conservando todas estas experiencias en su corazón, María continúa la tradición de los sabios de Israel que interpelaban la historia pasada para interpretar el momento presente. Precisamente esta confrontación hace emerger el verdadero significado de los acontecimientos. Aún sin estudios, María recuerda y profundiza en las Escrituras, las interpreta y actualiza constantemente intentando descubrir, no sin sufrimiento, un enigma, el enigma permanente de Jesús. María es una mujer que ha vivido intensamente su proceso

interior de crecimiento dejándose involucrar completamente en el proyecto de Dios y experimentando la prueba hasta el final: “Su fe obediente plasma cada instante de su existencia según la iniciativa de Dios. Virgen a la escucha, vive en plena sintonía con la Palabra divina; conserva en su corazón los acontecimientos de su Hijo, componiéndolos como en un único mosaico” (núm. 27).

Al recibir la Buena Nueva, María se presenta como tipo ideal de obediencia de la fe, “figura de la Iglesia a la escucha de la Palabra de Dios, que en ella se hace carne” (núm. 27). Utilizando las palabras de San Ambrosio, todo cristiano creyente concibe y genera el Verbo de Dios en sí mismo. Si hay una sola madre de Cristo según la carne, según la fe, en cambio, Cristo es el fruto de todos (CCL 14,39).

c) Implicaciones pastorales

Una de las implicaciones pastorales derivadas de la fe en la Palabra de Dios incide en la capacidad de escucha de los fieles. No solamente debemos aprender a escuchar sino que debemos escuchar como María y con María, es decir, en la obediencia de la fe. Quisiera recordar aquí la intervención en el Sínodo de mons. Joseph William Tobin, cssr, Superior General de la Congregación del Santísimo Redentor y actual arzobispo titular de Obba y Secretario de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, sobre la vida consagrada como obediencia radical a la Palabra de Dios, tema que desarrolló en tres momentos: obediencia a la Palabra hecha carne en Jesucristo, obediencia a la Palabra que habla por medio de los signos de los tiempos y los lugares y, en último lugar, obediencia a la Palabra aprendida a través del sufrimiento. En este último punto, el más conmovedor de su intervención, J.W. Tobin recordó a tantos consagrados y consagradas que viven la obediencia en medio de grande sufrimientos. Recordó a las religiosas víctimas de violencia y de abusos sexuales en India. Recordó a los agentes pastorales que trabajan secretamente en favor de los refugiados en regímenes totalitarios. Recordó a las personas consagradas que, abandonando su lengua, cultura e historia, llevan a cabo la primera evangelización en muchas partes del mundo. Recordó a las personas consagradas ancianas y enfermas que son signos de esperanza en un mundo que invita a la desesperación. Finalmente, recordó a los consagrados y consagradas que acompañan a los que no son importantes ni poderosos así como aquellos que sufren la dolorosa experiencia de ser marginados en su Iglesia local. Escuchar en la obediencia de la fe comporta inevitablemente dolor y sufrimiento y así nos lo testimonian todos estos ejemplos y la vida de María, la madre de Jesús.

El arzobispo de Santa María en Astana (Kazakistan), mons. Tomash Peta, el único padre sinodal que dedicó su intervención a comentar el antes mencionado núm. 25 del *Instrumentum Laboris*, consideró la vida de María como “la clave para comprender la Biblia”. Con anterioridad el Papa Juan Pablo II había puesto en evidencia la riqueza bíblica del Rosario definiéndolo “compendio del Evangelio”, donde el anuncio del misterio “deja hablar a Dios”, y permite “contemplar a Cristo con María”. Mons. Peta insistió en la oración del Rosario como medio de transmisión de la fe. Del Rosario se ocupó también el card. Ennio Antonelli, Presidente del Pontificio Consejo para la Familia, según el cual sería oportuno añadir al anuncio de cada misterio una breve cita bíblica apropiada. Su propuesta la recoge Benedicto XVI en el núm. 88 (“Palabra de Dios y oración mariana”) de la *Verbum Domini*: “Es conveniente que se acompañe el anuncio de cada misterio con breves pasajes de la Biblia relacionados con el misterio enunciado, para favorecer así la memorización de algunas expresiones significativas de la Escritura relacionadas con los misterios de la vida de Cristo”. La oración del Rosario es, pues, una forma sencilla y universal de escucha orante de la Palabra.

Dejémonos, pues, modelar y transformar por la Palabra para que nuestra relación personal con Dios y nuestra acción pastoral y apostólica se mantengan vivas y frescas como lo fueron cuando pronunciamos nuestro primer *fiat* y sean capaces de generar frutos de vida abundante para la Iglesia y el mundo. Termino con la invitación de Benedicto XVI al final de la *Verbum Domini*: “Hagamos silencio para escuchar la Palabra de Dios y meditarla, para que ella, por la acción eficaz del Espíritu Santo, siga morando, viviendo y hablándonos a lo largo de todos los días de nuestra vida” (núm. 124).